

arrancaron la autorización de edificar iglesias, y ayudados del cónsul declararon la isla puesta bajo el patronato francés (1842), habiendo ganado al efecto algunos jefes isleños. A pesar de la oposición de la reina, que habiendo mandado quitar el pabellón francés fué deshonrada por el almirante Dupetit Thouars, y á pesar de las protestas de Inglaterra, se hizo efectivo el patronato.

Fué una desgracia para la dinastía de julio que, á poco de renovadas las Cámaras, en que el ministerio Guizot tenía una mayoría decidida, ocurriesen los procesos del general Cubieres y de Teste, que confirmaron la nota de inmoralidad y codicia contra el gobierno de Luis Felipe; que Emilio Girardin, hábil, pero venal redactor de la *Presse* y aborrecido de los republicanos, apareciese pagado por el ministerio; que en los círculos inmediatos á la corte se descubriesen manejos é intrigas villanas; que el asesinato de la duquesa de Praslin, hija del mariscal Sebastiani, por su esposo echase una luz sombría sobre la inmoralidad y corrupción de las altas clases. Cuando el suicidio del duque en la prisión privó al pueblo de un juicio y de una ejecución aristocrática, se acusó de connivencia á la corte, para no sacrificar un título al principio de la igualdad ante la ley. El presentimiento de que un sistema provisto de tales apoyos no podía durar mucho era general en la nación; pero la mudanza debía nacer de una Cámara popular, bajo una ley electoral amplia y respetada como la expresión de la voluntad del país. Por esto se pronunció la opinión cada vez más por la *reforma electoral*, que se hizo la voz del día, la bandera de legitimistas, constitucionales y republicanos. Para dar á esta opinión cierta solemnidad, y también para significar que la mayoría de la Cámara no representaba al pueblo, dispusieron los hombres del progreso en muchas ciudades banquetes reformistas, asistidos de algunos diputados de la izquierda, y donde en discursos y brindis acalorados se condenaba el sistema reinante. Los últimos sucesos de Italia y Suiza, en que la opinión era contraria al gobierno, aumentaron la exaltación y ocasionaron nuevos banquetes políticos y demostraciones hostiles.

En tal estado se abrieron las Cámaras y la oposición acordó celebrar en París un banquete reformista, como especial expresión de la voluntad nacional. El gobierno quiso impedirlo. El discurso de la corona habló de movimientos *atizados por pasiones enemigas ó ciegas*; se recusó una ley anticuada del año 1790, para prohibir nuevos banquetes políticos. Esta violación del derecho de reunión, respetado hasta por los Borbones, y el retroceso á una ley derogada de hecho por el código de Napoleón, causó nuevo descontento y dió fuerza al rumor de que se intentaba aniquilar las garantías constitucionales. Las discusiones sobre el mensaje de contestación al discurso de la corona fueron borrascosas. El ministro Guizot fué acusado de comerciar con los empleos; los tribunales, de parcialidad contra la prensa liberal, y Thiers criticó severamente la política, seguida en Suiza, de proteger á los jesuitas, ayudar al Austria y abandonar al pueblo helvético, amigo del francés desde siglos. Esto no obstante, la mayoría insertó en el Mensaje una frase significativa *contra los movimientos que provocaban pasiones enemigas ó obcecamiento de hombres seducidos*, y á pesar de la viva oposición de la izquierda, también hubiera vencido el gobierno en la

cuestión del banquete, si sólo hubiese luchado contra la oposición parlamentaria; pues si bien los jefes, Odilón Barrot, Garnier Pagés, Arago y otros, defendieron el derecho de reunión, se prepararon al banquete y enviaron papeletas á los guardias nacionales; cuando el gobierno, al publicarse el programa, escrito por Marrast, redactor del *Nacional*, sobre la marcha y orden del banquete, tomó medidas militares y prohibió la reunión, vacilaron, desistieron los más, y sólo acordaron proponer en la sesión inmediata la acusación del ministerio. Pero el pueblo estaba hartó empeñado, para desistir, por la retirada de los diputados, de realizar la proyectada manifestación. Numerosas partidas de obreros, estudiantes de diversas facultades y algunos de la Escuela politécnica, y los desocupados callejeros de la capital, inundaron las principales vías públicas á los gritos de «viva la reforma!» «¡abajo Guizot!» rodearon la Cámara electiva y pidieron la acusación de los ministros. Las masas engrosaban por momentos; la tropa de línea, aplicada á la represión del movimiento, operaba sin energía alguna; la guardia nacional simpatizaba con el pueblo; la municipal no bastaba contra la multitud; en muchas calles se levantaban y defendían barricadas. Hacía dos días (22 y 23 de febrero de 1848) que la lucha duraba con encarnizamiento, cuando el rey llamó á Molé á las Tullerías, separó el ministerio Guizot y prometió la reforma electoral. Como una exhalación se extendió en la tarde del 23 esta noticia, que llenó de gozo á todo el mundo. Entre cantos y aclamaciones se deshicieron las barricadas; se iluminaron los edificios particulares, y el pueblo celebró con regocijos su triunfo. A las diez de la noche, un numeroso grupo de manifestantes desfiló con banderas y hachones cantando por los bulevares, y deteniéndose en ademán pacífico delante del ministerio de Negocios extranjeros, pidió que se iluminasen las ventanas. Pero un tiro escapado del grupo hizo creer á la guardia que era atacada por los de afuera, y contestó con una descarga inesperada de la que murieron ó fueron heridos 52 del pueblo. Enfurecióse la multitud; los muertos fueron paseados en camillas alumbradas por hachones y á las voces de «¡á las armas!» «¡traición!» A media noche sonó el toque de rebato en Nuestra Señora, y al amanecer del 24 apareció todo París cortado por barricadas. En vano acudió el rey á la izquierda de la Cámara y llamó á Thiers, Odilón Barrot y otros liberales al ministerio. Era tarde. Sus exhortaciones pacíficas no fueron escuchadas; sus promesas no fueron creídas. La victoria se inclinaba por momentos del lado del pueblo; las tropas, unas se pasaron, otras fueron desarmadas; la guardia nacional mandada por Lamoriciere obraba en defensiva y rehusaba atacar. Entonces conoció Luis Felipe su engaño y su inminente peligro. Abdicó en favor de su nieto, el conde de París; nombró regente á la duquesa de Orleans, y salió apresuradamente, cuando la oleada popular llegaba ya cerca de las Tullerías, á la una de la tarde, con su esposa, hacia la costa del Norte, errando muchos días, hasta embarcarse para Inglaterra, adonde entre peligros y por caminos diferentes llegaron también los restantes individuos de la familia real. La duquesa de Orleans, acompañada del duque de Nemours y de sus dos hijos, se presentó en la Cámara de diputados; pero la invasión de las masas

armadas y la voz de *República* la obligó á dejar el puesto. El nombramiento de un gobierno provisional presidido por el anciano Dupont de l'Eure sirvió de transición de la Monarquía á la República. Lamartine, Ledru Rollin, Arago, Garnier Pagés y Luis Blanc eran los miembros principales del nuevo gobierno, instalado en la casa municipal. Entre tanto fueron invadidas las

leñas sino para resolver que serían conducidos á la frontera, en el caso de que fuesen detenidos. Mientras Luis Felipe huía con falsos pasaportes y diversos disfraces, creyendo á cada instante su vida amenazada, el gobierno procuraba averiguar hacia qué punto de la costa se había dirigido, no para prenderlo y pedirle cuenta de sus diez y ocho años de reinado, sino para proteger su huída.

*J'abdique cette Couronne
que la voix nationale m'a vainement
appelée à porter, en faveur
de mon petit fils le Comte de
Paris. Baisse-t'il réussit
dans la grande tâche qui lui
est imposée aujourd'hui*

Louis Philippe

24 Fev. 1848

Copia autógrafa de la abdicación de Luis Felipe de Francia en favor de su nieto el conde de París

Tullerías; los muebles y adornos, quemados; el trono arrastrado hasta la plaza de la Bastilla y estrellado contra la columna de Julio, y los regios salones, ocupados por tropas de proletarios descamisados.

Algunas horas bastaron para convertir un rey poderoso en un expatriado sin hogar ni abrigo. Los diputados de la mayoría huyeron unos, otros se escondieron; los legitimistas, el clero, los jefes de las provincias, el ejército, se apresuraron á reconocer el nuevo gobierno. La dinastía de Orleans no dejó partidarios, ni amigos, ni defensores. Al día siguiente á la revolución, cuando la República aun no había sido proclamada más que en tres ó cuatro poblaciones, no se hablaba ya del rey, ni de su nieto ni de la regente. Víctima de la catástrofe provocada por la ofuscación de su jefe, toda esta familia quedaba olvidada; y, libre de inquietud, el gobierno provisional no se ocupó de los miembros de la casa de Or-

Claremont, el real asilo que encontró Luis Felipe en Inglaterra, no fué una corte, pero sí un suntuoso retiro. Rodeado de su familia, cuya brillante fortuna había redondeado con su habilidad de conducta bajo el gobierno de sus antecesores, y cuyo porvenir destruyó luego con su terca perseverancia en un detestable sistema, sólo pensó ya en preparar su oración fúnebre.

Acostándose y levantándose tarde, empleó el tiempo en tomar notas, redactar las memorias de su vida tan laboriosa y tan llena de caprichosos incidentes. Sobrio de palabras con los suyos, era pródigo de conversación con los extraños y sobre todo con los franceses de distinción que iban á visitarlo. Si evitaban hablarle de su caída, se apresuraba él á traerla á colación, y, defensor apasionado de su propia causa, provocaba en el acto una discusión sobre las circunstancias de la revolución de febrero. Y si por prudencia ó por comunidad de parecer

no le contradecían en nada, él mismo se hacía objeciones, discutiéndolas con viveza, buscando una aprobación más bien en las miradas que en los labios de su oyente, y no deteniéndose hasta haberle persuadido. Al decir de él, nunca cometió faltas; y si su gobierno careció alguna vez de franqueza, fué porque él no encontró ministros bastante convencidos y resueltos para ir al fin por el camino más corto, haciendo frente á los prejuicios del vulgo. Luis Felipe añadía que si tuvo algunos fracasos ante las Cámaras y el país no dejó de preverlos, pero que su previsión no pudo evitarlos. «Para ser responsable del mal éxito de las empresas, afirmaba, hay que ser monarca absoluto, ó dictador revolucionario; un rey constitucional no puede hacer lo que quiere; basta á su gloria y al juicio de la posteridad que haya tomado la iniciativa de los grandes designios.» ¿Quién le había arrojado del trono? Un enemigo que un rey mal servido no puede nunca alcanzar: la calumnia. «Durante diez y ocho años me han calumniado, constantemente, decía, y nadie ha tenido el valor de defenderme.» Sus quejas, sus recriminaciones, sus arrebatos contra la injusticia de la suerte, contra la ingratitude de Francia y de Europa, de pueblos y reyes, fatigaban más que conmovían.

La irritación constante de Luis Felipe agotaba sus fuerzas. A principios del año 1849 sintióse enfermo, y á fin de cambiar de aires se hizo transportar á Richmond. Al regresar á Claremont, en el mes de marzo, sentíase muy débil, y esta debilidad fué aumentando de día en día. Los progresos del mal fueron rápidos y el viejo monarca murió el 26 de agosto, sin haber querido reconocer jamás que el gobierno levantado sobre las barricadas de 1830 fué, por su naturaleza, un gobierno transitorio, cuyos resortes exigían muchísimo cuidado, si se querían evitar súbitos rompimientos.

Luis Felipe entendió que si los intereses y sentimientos del país estaban representados por la Cámara electiva, la realeza, naturalmente investida de derechos iguales á los del país, era otra persona pública, que se hacía representar por ministros, prefectos y alcaldes, que no dependía de nadie y que no tenía que consultar más que sus intereses particulares. Este era su sistema. Desde agosto de 1830 hasta febrero de 1848, Luis Felipe se quejó constantemente de no encontrar un solo hombre de Estado que quisiera adoptar sus principios. No le faltaron ministros hábiles; pero en vano buscó consejeros afectos á la Corona, servidores siempre fieles y desinteresados de la realeza, ministros verdaderamente dinásticos; el propio Guizot tenía otras ideas y se mostró más dócil que convencido.

Mientras los intereses de la dinastía no se encontraron abiertamente en desacuerdo con los intereses del país, el sistema de Luis Felipe pareció prosperar. Después de la revolución de 1830, la primera necesidad que se hizo sentir fué la de la paz. Todas las transacciones comerciales y las relaciones administrativas habían sido súbitamente interrumpidas por la crisis revolucionaria; los intereses particulares se resentían de las circunstancias, y los negocios públicos no se hallaban en mejor situación. El rey estaba ganoso de la confianza del país, y el país deseaba consolidar el principio de

autoridad en manos del rey. En vano se elevaron entonces vehementes protestas contra los sacrificios impuestos en nombre del orden á la joven libertad; estas protestas fueron acogidas como voces facciosas.

Pero tan pronto como la paz estuvo bien afirmada, el país empezó á arrepentirse de las concesiones hechas á la corona, y el rey no cuidó más que de aumentar su poder. El antagonismo de los intereses estalló pronto. El rey, que no había recibido más mandato que el de reinar, pretendió gobernar; y el país, que no encontraba en sus instituciones suficientes garantías contra las usurpaciones de la corona, reclamó reformas. Ambas tendencias engendraron sentimientos hostiles. La política del rey se hizo personal, tanto en lo referente á la administración interior como en lo tocante á las relaciones exteriores del reino. El honor del país y sus grandes intereses fueron sacrificados á cálculos puramente dinásticos. Empeñada la lucha, ¿quién había de salir vencedor? El país, necesariamente. No siendo ni pudiendo hacer nada por sí misma, creada, sostenida y conservada por la opinión, la monarquía cayó tan pronto como la opinión se separó de ella.

El carácter personal de Luis Felipe influyó mucho en los negocios del reino. El monarca pretendía dominarlo todo. Amaba á sus hijos, y no tuvo jamás con ellos esas expansiones del corazón que marcan la confianza; no les interrogaba nunca, ni les inició jamás en sus propósitos. Si tenía necesidad de su concurso, les daba órdenes. Con sus ministros casi usaba igual reserva. En materia de gobierno, adoptó un sistema sobre el cual no admitía discusión. Ni déspota ni vanaglorioso, era sistemático y terco. Como estaba en la creencia de que no debía su fortuna más que á sí mismo, pensaba que para gobernar bien no necesitaba consejos de nadie.

El sistema de Luis Felipe no era de grandes proporciones. Este soberano quería simplemente constituir su dinastía, y los medios á que apeló fueron de los más vulgares. Pensando que la guerra podía desmoronar el edificio de su poder, procuró mantener la paz á toda costa. La paz es un gran bien. ¡Dichosos los gobiernos que pueden conservarla sin menoscabo de su honor! Mas para Luis Felipe no había cuestiones de honor, y todas las cuestiones de interés eran por él reducidas á los más estrechos, á los más miserables cálculos del interés personal. Burgués en toda la extensión de la palabra, buscaba con frecuencia quisquillas á sus vecinos, pero retrocedía tan pronto como había provocado su cólera, diciendo que la prudencia y la sabiduría consisten en saber soportar las injurias.

La paz en el exterior, y en el interior la preponderancia de los intereses materiales: tal fué el sistema de Luis Felipe. Como sus antecesores habían sido destronados por ideas, pensó que el medio más seguro de dominarlas consistía en excitar el apetito de los goces materiales. Estimuló la especulación y mostróse lleno de miramientos con los especuladores. Para fomentar el comercio y la industria, empleó los recursos del Estado en crear grandes vías de comunicación, abrir canales y echar puentes sobre los ríos, y no perdonó medio de quitar importancia á las ideas, para hacer prevalecer el arrogante escepticismo de los intereses.

CAPÍTULO TRIGÉSIMO

LA SOCIEDAD FRANCESA AL TERMINAR LA NUEVA MONARQUÍA

I

PAUPERISMO Y SOCIALISMO

Las clases proletarias.—Sansimonismo.—Socialismo. Comunismo.

La Revolución francesa, poniendo en práctica el principio de libertad, rompió la servidumbre civil y política impuesta por las edades pasadas al nacimiento inferior y á la pobreza, ahora elevada á igual estado y derecho que los mayores y ricos. La base inferior de la sociedad, los hombres necesarios para los ministerios mecánicos de la vida, que en las repúblicas antiguas eran siervos sin cabeza propia, y en la Edad media unos adscritos al terrón, otros domésticos sin derecho ni propiedad, entraron de golpe en el pleno derecho político, con la necesidad, empero, de proveer por sí á su subsistencia y de establecer casa y familia, derechos limitados de varios modos en los Estados antiguos. Pasado el primer sacudimiento de la revolución, y reanimadas la agricultura, la industria y las artes, surgieron las consecuencias del rompimiento de los antiguos vínculos feudales. La indefinida división del suelo y el derecho hereditario de todos los hijos multiplicaron los poseedores territoriales y crearon una nueva clase de pequeños propietarios; resultado halagüeño al principio, pero preñado de dificultades futuras. Repitiéndose las divisiones á cada generación, se desmembró tanto la propiedad territorial, que pocos podían vivir con sólo el producto de ella; los más, estrechados por la miseria, pasaron de propietarios libres á jornaleros, y aún de condición peor que los siervos antiguos, cuyo señor venía obligado á prestarles auxilios en casos de enfermedades ó accidentes, mientras el moderno jornalero libre contaba sólo con sus fuerzas y pagaba además por su pedazo de tierra ó su choza abrumadoras contribuciones y otras cargas comunes, sin contar los diezmos y prestaciones feudales, aún no abolidas entonces del todo. Por fuerza debían empeñarse los más; si daban con usureros ó judíos, eran al cabo de pocos años echados de su casa y de su tierra, y á buen librar arrastraban una vida miserable seguida de muerte temprana, dejando su familia expuesta á la miseria, á la desesperación ó al crimen. Era aún peor este resultado en las grandes ciudades y para los obreros de fábrica ó taller. Abolidos los privilegios de gremios y oficios, creció el número de los artesanos libres hasta bajar por la excesiva competencia el valor de los productos y el precio de la mano de obra, tanto que el jornal no alcanzaba á

mantener una familia. Siguióse de aquí que la mayoría de los artesanos recibía la ley de los fabricantes y capitalistas, crecientes también, porque con el aumento y variedad de las necesidades y la pérdida de las antiguas ventajas de clase, los nobles preferían emplear sus rentas en empresas lucrativas, más que en el lujo ó los placeres. El operario, obligado á mantenerse á sí y á su familia con el jornal, vino á ser poco menos que el esclavo del fabricante, su conciudadano; ninguna ley lo aseguraba de no ser despedido arbitrariamente si decaían sus fuerzas ó enfermaba. El capital ejercía sobre el trabajo una tiranía inexorable y sistemática. A esto se juntaba que, en competencia con el crédito y papel moneda, llevado á una extensión desmedida, bajaba el valor relativo del metálico, y el salario del jornalero y del operario no guardaba ni aún en esto proporción con la ganancia del propietario y capitalista, cuando por otro lado el precio de las subsistencias y el lujo creciente ahondaban más el abismo entre el rico y el pobre, entre el propietario con capital, instrucción y cultura y el bracero atendido solamente á sus fuerzas físicas.

Esta injusticia social se hizo más sensible en la paz siguiente á la revolución francesa, ocasionando quejas frecuentes sobre el *pauperismo* de las clases inferiores. La libertad y la igualdad alcanzadas con torrentes de sangre parecían alejarse más que nunca del pueblo. ¿Qué había ganado la sociedad con que el *tercer Estado* votase al lado de la nobleza y el clero, si una parte de este mismo estado, el *cuarto*, sufría dura servidumbre? ¿Había arrancado la Revolución á la Iglesia su patrimonio, al clero los diezmos, á la nobleza las prestaciones señoriales, para sólo enriquecer á la clase media y dejar á las inferiores más desheredadas que antes?

Mientras los hechos de armas y grandes sucesos de la Revolución y el Imperio llevaban la atención hacia afuera, cundían ó se escuchaban poco estas quejas. El comunismo del republicano Babeuf, que pedía una nueva ley agraria con nivelación de bienes y de cultura, pareció un aborto tardío del genio revolucionario. Pero cuando la paz dejó manifiestos los males interiores y el abismo entre las clases desposeídas y las poseedoras, se alzaron muchas voces pidiendo una reforma social, cuya base pusieron, unos en el Cristianismo y la caridad, otros en ideas filosóficas ó en históricas instituciones, pretendiendo demostrar con cálculos la posibilidad de su sistema.

Francia, que dió la primera la voz de libertad é igualdad, fué también la madre de los sistemas socialistas. Según los medios propuestos, se dividen estos sistemas,